



Capítulo 283

Stalian V miró fijamente aquella cosa que tenía en la mano con expresión confundida.

Una carta azul de proselitismo.

No, era difícil incluso llamarla una carta de proselitismo propiamente dicha.

Después de todo, él adoraba a Sironia, la diosa de la luna, no a Kalannon, el receptor del rayo.

Así que, a diferencia de la que había recibido de Rosario, esta carta azul de proselitismo no suponía ninguna carga política para Stalian V.

Y, sin embargo, la razón por la que su expresión se nubló... fue por los seguidores de Kalannon.

En primer lugar, estaba la santa Silli, que actualmente estaba reuniendo creyentes y expandiendo la religión de Kalannon.

Era la única hermana menor de Deus Macallian, la Primera Espada de Caliban.

Y Deus Macallian quería profundamente a su hermana.

En resumen, era un siscon de manual.



Esa sola razón era suficiente para provocar un fuerte dolor de cabeza a Stalian V.

¿Y si reaccionaba de forma exagerada a esta carta y acababa provocando a ese bombardero estratégico que era Deus Macallian, a quien Caliban ya tenía dificultades para controlar?

Era un escenario que simplemente no debía ocurrir, y que Stalian V se negaba incluso a imaginar.

Aun así, tenía que considerar la posibilidad.

Porque sabía muy bien que Deus Macallian era aún más imprudente de lo que la gente suponía.

La última vez, se presentó en persona y amenazó con cortar la cabeza de alguien solo porque su hijo había hecho un comentario imprudente.

¿Y si esta vez ignoraba la carta de proselitismo?

¿Y si Deus Macallian perdía los estribos y se lanzaba al ataque...?

Claro, tal vez podrían movilizar todo lo que tenían y lidiar con ello.

De hecho, como Deus Macallian daría el primer paso, Ashtalon podría presentarse políticamente como la víctima.

Pero el verdadero problema era...



Era obvio que se necesitarían una gran cantidad de recursos solo para detener a Deus.

Y sería casi imposible encontrar rápidamente aliados capaces de ayudar a contenerlo.

En otras palabras, si Deus Macallian hacía un movimiento, sin importar cómo se desarrollaran las cosas, Stalian V solo saldría perdiendo.

«Haa...».

Y más allá de eso, había muchas otras complicaciones.

Incluso solo los magos que la santa Kalannon había reunido serían un gran dolor de cabeza si se volvían hostiles.

Pero más que nada, la razón por la que no podía permitirse ignorar a Kalannon era...

Porque el marqués Palatio estaba relacionado con Kalannon.

La conexión entre el marqués y Kalannon seguía siendo objeto de mucha especulación.

Algunos decían que el marqués era el propio Kalannon.

Otros afirmaban que era simplemente el apóstol de Kalannon.

Pero la verdad no importaba.



Desde la perspectiva de Stalian V, lo que importaba era que el marqués estaba involucrado con Kalannon.

Con una sola palabra del marqués...

Existía la posibilidad real de que esos desquiciados bombarderos estratégicos se reunieran y redujeran Ashtalon a escombros.

Y además de eso...

—Majestad, no soy la persona más paciente del mundo.

—.....

—Espero que no se repitan incidentes desafortunados como este en el futuro.

La voz de la chica quedó grabada en su memoria.

Tan vívida que parecía susurrarle al oído.

Un rostro de una belleza impresionante.

Y, sin embargo, el terror inquietante que le hizo contener la respiración era inolvidable.

Por eso, Stalian V se quedó mirando en silencio la carta durante un rato.



—Uf...

Soltó un breve suspiro, preguntándose cómo habían llegado las cosas a ese punto.

Entonces, tras conseguir finalmente mover sus dedos entumecidos, desplegó la carta.

#####

«Oh».

Alon soltó un grito ahogado en cuanto se acercaron al Reino Oriental.

El paisaje en la distancia no se parecía a ningún otro reino que hubiera visto.

Los edificios de estilo oriental desprendían un aire místico a simple vista.

Y la vista del pueblo, que recordaba a las novelas de artes marciales o a los juegos de fantasía, era impresionante.

«Vaya... es como un cuadro».

«Increíble».

Evan y Penia le siguieron con sus propias exclamaciones de asombro.

[Hmph, no está mal].



Incluso Basiliora, a pesar de refunfuñar, estaba claramente absorta en la vista.

Por fin, el grupo entró en el Reino Oriental.

Sin incidentes y sin contratiempos.

Sí, hasta su llegada, no hubo ningún problema.

Hasta que llegaron.

Alon miró hacia delante.

En el momento en que bajaron del carruaje,

se encontraron con una escena escalofriante: lanzas levantadas hacia ellos como si los hubieran estado esperando.

«Marqués, ¿se supone que debíamos empezar en una situación como esta?».

Evan preguntó nervioso, con el cuerpo tenso.

Alon negó con la cabeza, aunque no pudo evitar preguntárselo.

No esperaba precisamente una cálida bienvenida.



Claro, luchó junto a los hombres bestia hace 700 años y derrotó a Baarma, pero eso fue hace 700 años.

Excepto por las longevas bestias espirituales, pocos recordarían ese acontecimiento.

Aun así...

«Aun así, ¿merece la pena que me traten con tanta desconfianza?».

Alon observó a los soldados.

Sus ojos rebosaban hostilidad, como si se enfrentaran a un enemigo mortal.

Justo cuando sus dudas se hacían más profundas...

«Ríndete».

Un hombre lobo se adelantó entre los soldados armados con lanzas.

Llevaba una armadura ligeramente más ornamentada que los demás.

Pero el odio en su rostro era igual al del resto.

«... Me gustaría tener una conversación, si es posible».

Alon lo propuso después de pensarla un poco.



«¡Hmph! ¿De qué podría hablar con un humano asqueroso que incitó a la rebelión?».

El hombre lobo desenenvainó su espada y la puso en el cuello de Alon.

La situación se agravó con una sola frase.

Justo cuando estaba a punto de convertirse en un dolor de cabeza...

—Haa...

Se oyó un suspiro a su lado.

Suave, pero lleno de irritación.

Y entonces...

—Te daré cinco segundos.

La voz de Radan resonó y todas las miradas se volvieron hacia él.

La sonrisa siempre juguetona de su rostro había desaparecido.

La alegría habitual en sus ojos había desaparecido, sustituida por una fría indiferencia.



El aire travieso que lo rodeaba se había convertido en una extraña presión.

Radan dio un paso adelante.

—Baja esa espada. Ahora.

Una escalofriante advertencia dirigida al soldado que amenazaba a Alon.

El soldado frunció el ceño.

—Cinco.

Pero Radan comenzó a contar, imperturbable.

—Cuatro.

Al mismo tiempo, Alon recordó un momento del pasado:

La vez que Radan le cortó la cabeza a un capitán de barco sin pensarlo dos veces.

—Tres.

Por eso...

—Está bien, Radan.



Alon decidió detener a Radan.

—Hermano. ¡Pero estos tipos...!

El rostro de Radan se retorció con frustración.

A decir verdad, Alon tampoco estaba de muy buen humor.

Había venido al Este únicamente por las palabras de Hazad, pero nunca esperó que lo trataran así.

Aun así, si Radan actuaba aquí, no solo las cosas se complicarían más, sino que podría llevar mucho más tiempo lograr lo que habían venido a hacer.

Por eso intervino.

«De verdad que estoy bien».

«... Entendido».

Radan apretó la mandíbula con disgusto, pero dio un paso atrás.

El hombre bestia que había apuntado con una espada a Alon ahora parecía aún más agitado.

Al darse cuenta de esto, Alon explicó con calma.



«Soy el marqués Palatio, aquí por recomendación de Hazad, el Dios Sabio de los Hombres Lagarto. Si no es mucha molestia, ¿podría explicarme qué está pasando aquí?».

Una petición educada.

Quizás gracias a eso...

El hombre bestia retiró su espada y la volvió a enfundar.

Alon suspiró aliviado, pensando: «Ahora podemos hablar».

«Atadlos».

«... ¿¿??».

Con esas siguientes palabras, su mente se quedó en blanco.

En resumen, Alon fue arrastrado y atado por los soldados.

«Marqués, ¿no estamos en un grave aprieto?».

Evan susurró con ansiedad.

Su preocupación estaba justificada.

El grupo de Alon había sido inmovilizado hasta el punto de no poder hacer nada.

Era claramente una situación desagradable, pero había dos razones por las que Alon la toleraba.

La primera era el objetivo original: recabar más información sobre las Palabras del Pecado o el Pecado en sí.

No podía permitirse enemistarse con los hombres bestia.

Si hubiera estado en el Reino Oriental aunque fuera una vez a través de Psychedelia, tal vez las cosas serían diferentes.

Pero, por desgracia, esta región solo estaba disponible como DLC, y Alon nunca había puesto un pie en ella.

Además, Hazad solo le había dado las instrucciones más básicas.

En otras palabras...

Si Alon quería lograr algo aquí, primero tenía que recopilar información.

Esa información tendría que provenir de los hombres bestia.

Y la segunda razón era simple confianza.

Alon podía romper fácilmente estas ataduras.

Y eso no era todo.



Aunque Evan quizá no pudiera, tanto Penia como Radan confirmaron con una mirada que ellos también podían liberarse en cualquier momento.

En otras palabras, no corrían ningún peligro real.

Habiendo llegado a esa conclusión, Alon permaneció alerta incluso mientras se los llevaban.

Entonces, al entrar en un gran edificio, lo vio.

«¿Así que sois vosotros? Los humanos de fuera».

Un hombre vestido de forma extravagante se plantó ante ellos, del tipo cuyo rostro prácticamente gritaba narcisista.

«... Soy el marqués Palatio, presentado por Hazad, el dios sabio de los hombres lagarto. Si no es mucha molestia, ¿podrían explicarme qué está pasando aquí?».

Alon se presentó una vez más.

Pero el hombre se burló abiertamente.

«Es una pena. Eso no será posible».

«¿Por qué no?».

«Porque sois humanos».

«Parece que ha ocurrido algo relacionado con los humanos, pero nosotros no tenemos nada que ver con eso».

«Eso es lo que dicen todos. Todos los insectos que hemos capturado decían lo mismo».

Alon lo veía claramente.

El profundo disgusto en los ojos del hombre y la sonrisa burlona en sus labios.

Y entonces...

«Bueno, estéis o no involucrados con ellos... lo descubriremos cuando estéis muertos».

A la señal del hombre, los soldados cercanos comenzaron a levantar sus lanzas hacia ellos uno por uno.

Al ver esto, Alon se dio cuenta de algo.

No sabía qué había sucedido en el Reino Oriental, pero...

Contrariamente a lo que había dicho Hazad, nunca hubo lugar para el diálogo en primer lugar.

Y en el momento en que se dio cuenta de eso, comenzó a prepararse para liberar su maná.

Radan y Penia hicieron lo mismo.

Justo cuando estaban a punto de actuar...

—¿Qué está pasando?

Una voz de mujer resonó desde la puerta, que hasta ese momento había permanecido cerrada.

Su voz era clara y elegante, como el aroma de los lirios en el aire.

Pero había algo extrañamente familiar en ella.

En cuanto Alon la oyó, giró la cabeza.

Y allí estaba ella.

Una mujer con grandes orejas de lobo como delicados copos de nieve y cabello blanco.

Su ropa no era elegante.

Pero lo que destacaba era la hermosa espada que llevaba en la cintura.

Aun así...



—¡Gasp...!

Solo su aparición provocó que toda la sala se agitara.

Todos los beastkin bajaron sus armas y se inclinaron profundamente ante ella.

Una señal inequívoca de respeto.

Y no terminó ahí.

—¡Saludamos a la Gran Raza...!

Incluso el arrogante hombre bestia que momentos antes había hecho alarde de su odio hacia Alon abrió mucho los ojos y se inclinó apresuradamente.

—¿Qué está pasando?

La mujer volvió a preguntar, con un tono tranquilo y distante.

—Estábamos a punto de ejecutar a los repugnantes aliados de estos traidores.

informó el hombre, inclinándose aún más.

La mujer, con una mirada ligeramente ausente a diferencia de los demás, se acercó lentamente a todos.

Entonces...

«...?»

En el momento en que vio el rostro de Alon...

«!»

Se quedó paralizada.

Como si se hubiera convertido en piedra.

Y entonces...

«Ah...».

Alon finalmente se dio cuenta.

Por qué su voz le había resultado tan familiar.

Y más allá de eso, por qué su apariencia también le resultaba tan familiar.

Al mismo tiempo, surgió una pregunta.

Según él sabía, ella no debía estar en el Reino Oriental, sino en el continente.

Pero no había duda.



La mujer que tenía ante él era la que él conocía.

—¿Ria...?

La llamó por su nombre.

—¿...Divina?

Su cola, antes inmóvil, se movió ligeramente.

Y entonces...

—¿Eh?

La bestia que momentos antes se burlaba de Alon se dio cuenta de algo.

Algo había salido muy, muy mal.